Arquitectura y Música

Componer espacios. Aprender a escuchar el espacio.

Una buena obra puede pertenecer profundamente
a su época y, al mismo tiempo, trascenderla.

Mi relación con la música clásica comenzó mucho antes de que pensara en dedicarme a la arquitectura. Desde niño, en casa de mi abuelo el Dr. José Francisco Gil Alonso la música formó parte de mi vida. De él heredé muchas cosas, entre ellas algunos de los valores que me han acompañado hasta hoy, mi nombre y un gusto infinito por la música clásica.

Hace algunos años también heredé su colección completa de discos de vinilo, LP y acetatos, junto con todo su equipo de sonido, su amplificador, sus bocinas y principalmente su tornamesa. Objetos que conservo no solamente por lo que representan, sino porque de alguna manera mantienen viva una relación con la música que comenzó en aquella casa y que con el paso de los años se convirtió en algo profundamente personal.

Con el tiempo, mi interés dejó de limitarse a escuchar música. Comencé a interesarme también por sus compositores, directores de orquesta e intérpretes, por sus maneras de entenderla y especialmente por la forma en que hablaban de su trabajo. Me interesaba conocer qué había detrás de aquellas composiciones, de cómo habían sido concebidas, qué buscaban transmitir sus autores y de qué manera una misma obra podía adquirir un carácter completamente distinto dependiendo de quién la interpretara.

Paralelamente, la arquitectura fue ocupando buena parte de mi vida. Primero durante mi formación y después a través de la práctica profesional, los proyectos, las obras y todas las experiencias que inevitablemente van modificando mi manera muy personal de entender el oficio.

Durante muchos años, la música y la arquitectura fueron dos intereses que me acompañaron de manera independiente. No recuerdo haber intentado relacionarlos ni haber buscado semejanzas entre ambas disciplinas, ambas simplemente formaban parte de mi vida. Fue mucho después, en una etapa de mayor madurez, quizá no necesariamente arquitectónica ni musical pero sí analítica, cuando comencé a reconocer ciertas coincidencias. Mientras escuchaba entrevistas, leía reflexiones de compositores o conocía las opiniones de algunos intérpretes, descubrí que muchas de aquellas ideas podían aplicarse perfectamente a la arquitectura.

Me llamó mucho la atención darme cuenta de que en muchísimas ocasiones bastaba sustituir la palabra (música) por (arquitectura), (compositor) por (arquitecto) o (intérprete) por (constructor) para encontrar reflexiones que parecían haber sido escritas específicamente para mi oficio.

De esa curiosidad nació una colección de frases, pensamientos y reflexiones que fui reuniendo a lo largo de los años y que finalmente dieron forma a una conferencia que impartí en 2025 en el Opening Lecture de la Escuela de Arquitectura, Arte y Diseño del Tecnológico de Monterrey, Campus León, titulada *Arquitectura y música: componer espacios*, y que hace apenas unos días decidí compartir nuevamente en mi pagina web y en mi perfil de instagram.

Al preparar aquella conferencia me di cuenta de que las coincidencias eran muchas más de las que había imaginado. Terminos como proporción, armonía, ritmo, estructura, escala, contraste, equilibrio, tiempo, silencio, composición, todas son palabras que utilizo habitualmente en arquitectura, pero que también forman parte del lenguaje de la música. Incluso conceptos como textura, tonalidad o movimiento pueden ayudarme a describir experiencias espaciales.

Pero (siempre hay un pero) lo que más me interesaba no era encontrar semejanzas entre sus respectivos lenguajes, sino descubrir que ambas disciplinas compartían inquietudes mucho más profundas, como la relación entre una idea y su ejecución, la importancia del tiempo, la necesidad de encontrar un equilibrio entre la técnica y la emoción o la posibilidad de transmitir algo que difícilmente podría explicar con palabras.

Una de las reflexiones que más me interesaron fue la del pianista Sviatoslav Richter, a quien conocí gracias a Jorge Tejeda “el Padrino”, quien hablaba del intérprete como alguien que debía comprender profundamente las intenciones del compositor, sin pretender imponerse sobre la obra.

En una reflexión que recuperé para aquella conferencia, señalaba:
El (intérprete) es en realidad un ejecutante que lleva a cabo las intenciones del (compositor) al pie de la letra y no añade nada que no esté ya en la obra. No debe dominar a la (música) sino disolverse en ella.

Al sustituir (intérprete) por (constructor), (compositor) por (arquitecto) y (música) por (arquitectura), encontré una relación particularmente cercana con mi oficio. Un proyecto arquitectónico no termina cuando dejo de dibujarlo. Existe una distancia enorme entre aquello que imagino y lo que finalmente se construye. En ese recorrido intervienen muchas personas y buena parte del resultado depende de su capacidad para comprender lo que estoy intentando hacer. Un buen constructor, como un buen intérprete, no se debe limita a ejecutar instrucciones. Necesita entender las intenciones detrás de cada decisión que he tomado, reconocer qué es importante y saber cuándo una solución puede alterar el sentido del conjunto.

Esto no significa que el constructor deba renunciar a su experiencia o a su criterio, para nada, todo lo contrario, muchas veces son precisamente sus conocimientos los que permiten resolver aquello que en el dibujo no alcance a explicar. Pero estoy seguro de que si debe existir una diferencia importante entre contribuir a que mi idea se materialice y modificarla sin haberla comprendido.

También encontré una relación muy interesante en una frase de Claude Debussy:
La (música) es el silencio entre las (notas).

Al sustituir (música) por (arquitectura) y (notas) por (espacios), la reflexión toma un significado completamente distinto. Ya que en mi caso mi arquitectura suele prestar mucha atención a lo que construyo, a los muros, las atmosferas, las estructuras, las elevaciones y los materiales. Sin embargo, buena parte de lo que hace valioso a un edificio sucede precisamente en aquello que dejo vacío, como un patio, una pausa entre dos habitaciones, un espacio de transición o una abertura que permite que entre la luz pueden tener tanta importancia como los elementos que los delimitan.

Pienso que el silencio en arquitectura no significa necesariamente la ausencia de sonido, así como el vacío no significa, la ausencia de contenido. Hay espacios que no necesitan demasiadas cosas para transmitirme algo. A veces basta una buena proporción, una sombra que se camina lentamente o la presencia de un árbol, algo para mi importantísimo, para que un lugar adquiera un carácter particular.

Y aquí aparece otra coincidencia que me parece fundamental: el tiempo.

En la conferencia recuperé una frase de Wolfgang Amadeus Mozart:
Lo más necesario, difícil y principal en la (música) es el tiempo.

Si sustituimos (música) por (arquitectura), la frase también tiene para mi todo el sentido, la música necesita del tiempo para existir. No puedo escuchar una composición completa en un solo instante. Tengo que recorrerla, reconocer sus cambios, sus pausas, sus momentos de mayor intensidad y aquellos en los que aparentemente no sucede nada. En arquitectura ocurre algo semejante, aunque muchas veces insista en representarla mediante imágenes estáticas.

A mi parecer, un edificio no se conoce verdaderamente desde una fotografía, tengo que acercarme, entrar, recorrerlo, descubrir sus espacios y comprender cómo se relacionan entre sí. La luz cambia a lo largo del día, los materiales envejecen y hablo mucho de la pátina, la vegetación crece y las personas transforman los lugares con su presencia. La arquitectura también necesita tiempo para mostrarse, y quizá todavía más para adquirir sentido.

Pero hay otra dimensión del tiempo que me interesa especialmente y que, después de muchos años escuchando música clásica, he llegado a reconocer también en la arquitectura que es su capacidad para permanecer vigente.

Puedo escuchar hoy una composición de Bach, Mozart o Beethoven escrita hace siglos y seguir encontrando en ella algo extraordinario. No necesito que esa música pertenezca a mi época para emocionarme, ni que se adapte a las tendencias actuales para reconocer su calidad. Obviamente, las interpretaciones cambian, los instrumentos evolucionan y cada generación encuentra nuevas maneras de acercarse a esas obras, pero hay algo en ellas que permanece.

La buena música clásica es atemporal, y aseguro que con la buena arquitectura sucede exactamente lo mismo. Hay edificios construidos hace cientos de años que siguen teniendo una capacidad extraordinaria para conmoverme. No necesariamente porque se hayan conservado intactos o porque representen un determinado momento de la historia, sino porque sus proporciones, sus espacios, su relación con la luz, sus materiales y su manera de responder a las necesidades humanas siguen teniendo sentido.

Esto me parece especialmente importante en una época en la que la arquitectura parece estar cada vez más preocupada por la novedad. Constantemente aparecen nuevas tendencias, nuevos lenguajes, materiales y formas de representación que en poco tiempo son sustituidos por otros, y aunque la arquitectura debe responder a su tiempo, no creo que eso signifique que tenga que depender de las modas.

Una buena obra puede pertenecer profundamente
a su época y, al mismo tiempo, trascenderla.

Y eso no significa que deba permanecer inalterada, ni que todas todo mundo las tenga que interpretar de la misma forma, basta pensar en la cantidad de versiones que existen de una misma composición musical. Algunas pueden parecerme mejores que otras, algunas me emocionan más y otras me permiten descubrir cosas que nunca había reconocido. La obra permanece, pero mi manera de acercarme a ella cambia.

Aseguro que algo semejante sucede con la arquitectura. Una buena obra puede seguir siendo relevante muchos años después de haber sido construida, incluso cuando el programa, el cliente, el espacio y la sociedad que le dieron origen han cambiado. No necesita parecer antigua para ser atemporal, como tampoco necesita ser novedosa para resultar contemporánea. Ahí esta una de las diferencias entre una obra que simplemente llama mi atención y otra que verdaderamente permanece en mi memoria.

Otra reflexión que encontré para aquella conferencia fue de Gustav Holst:
La verdadera (música) no debe buscar el aplauso sino la expresión sincera.

Al cambiar (música) por (arquitectura), la frase me parece especialmente interesante en un momento en el que buena parte de la arquitectura parece producirse para ser vista, fotografiada y difundida antes que para ser experimentada o habitada. Ojo, no tengo nada en contra de que una obra sea reconocida o admirada, al contrario sería absurdo negarlo, pero sí me preocupa cuando el reconocimiento se convierte en el objetivo principal del proyecto, cuando una decisión se toma porque producirá una imagen espectacular y no porque resuelva una necesidad, mejorar una experiencia o establecer una relación más correcta con el lugar.

En la música clasica ahora creo que puedo reconocer la diferencia entre una interpretación que busca impresionar y otra que parece concentrarse en comprender y transmitir la obra. En arquitectura, aunque la lectura sea distinta también puedo encontrar esa diferencia.

Y esto me lleva a una reflexión de Serguéi Prokófiev que puse al final de la conferencia. En la que el (compositor), al igual que el poeta, el escultor o el pintor, tienen el deber de servir al ser humano y contribuir mediante su trabajo a mejorar la vida de las personas. Al sustituir (compositor) por (arquitecto), la reflexión adquiere un sentido redondo difícil de ignorar.

Porque, más allá de mis inquietudes formales, de los materiales que prefiero utilizar o de las ideas que intento desarrollar, la arquitectura tiene una responsabilidad concreta con quienes van a habitarla. No debo olvidar que trabajos con espacios que afectan directamente la vida cotidiana de mis clientes, de sus relaciones, sus actividades y su manera de experimentar el mundo.

Esto tampoco significa que la arquitectura deba renunciar a la experimentación o limitarse a resolver necesidades prácticas, la música me ha demostrado constantemente que el rigor, la complejidad y la búsqueda artística pueden convivir con una profunda capacidad para conmoverme y le verdad, no veo por qué tendría que ser distinto en arquitectura.

Después de tantos años escuchando música, sigo encontrando cosas nuevas en composiciones que conozco desde hace mucho tiempo. Una interpretación distinta, un instrumento al que antes no había prestado atención o una pausa que de pronto adquiere otro significado pueden cambiar por completo mi manera de escuchar una obra. Me gusta pensar que con la arquitectura que produzco puede suceder algo parecido, en la que un edificio no tiene por qué agotarse en la primera visita, que siempre debería existir la posibilidad de descubrir algo más, de encontrar una relación que antes no había reconocido o de experimentar de otra manera un espacio que creía conocer. Y quizá esto último sea una de las cosas que más me entusiasman en esta etapa de mi vida.

Después de haber dedicado más de la mitad de mi vida a la arquitectura, comienzo a regresar a obras, arquitectos, espacios y referencias que conozco desde hace mucho tiempo, pero que ahora observo de una manera distinta. Lugares que antes me parecían familiares hoy me llevan a cuestionar decisiones, reconocer intenciones y descubrir cualidades que probablemente hace algunos años no habría sido capaz de identificar.

No necesariamente porque antes no estuvieran ahí, sino porque mi manera de entenderlas ha cambiado y ese regreso a lugares conocidos me ha permitido desarrollar un respeto y una admiración todavía mayores por ciertas arquitecturas, por sus autores y por la cantidad de decisiones que existen detrás de una obra que para mi podría parecer sencilla.

Me sucede algo muy parecido con la música, después de escuchar durante tantos años determinadas composiciones, sigo encontrando detalles que antes habían pasado inadvertidos y lo interesante es

que esos descubrimientos no necesariamente tienen que ver con conocer más de música o de arquitectura, sino con haber aprendido a escuchar, observar, cuestionar y analizar de otra manera.

Por eso agradezco profundamente que mi abuelo me haya acercado desde niño a tanta música, que sin saberlo me haya dejado algo que muchos años después terminaría encontrándose con otra de las grandes pasiones de mi vida: el oficio de ser arquitecto.

Me encanta que ahora dos intereses que durante tanto tiempo me acompañaron por caminos aparentemente distintos hayan terminado econtrandose y que hoy pueda reconocer en uno tantas cosas que me ayudan a comprender mejor el otro y lo que más me gusta es pensar que esto no termina aquí, que durante el resto de mi vida y de mi práctica profesional seguiré encontrando nuevas relaciones, descubriendo otras maneras de interpretar una obra y regresando a aquellas que creía conocer para hacerme nuevas preguntas.

Quiero seguir abierto a otros lenguajes, a nuevas arquitecturas, a otras formas de pensar y de hacer las cosas, no me interesa quedarme únicamente con aquello que ya conozco o que coincide con mis gustos sino todo lo contrario, me interesa seguir descubriendo, pero ahora desde el análisis, la crítica, la observación y el respeto por el trabajo de los demás.

Y pensar que buena parte de esta curiosidad comenzó hace tantos años, escuchando música en casa de mi abuelo.

Esta conferencia, que impartí en 2025 en el Tecnológico de Monterrey Campus León sigue siendo un trabajo en constante evolución. Cada nueva lectura, cada composición que escucho y cada obra de arquitectura que vuelvo a visitar me permiten encontrar nuevas relaciones y preguntas que antes no me había planteado.

Me encantaría tener la oportunidad de seguir compartiéndola en universidades, instituciones y otros espacios interesados en abrir esta conversación, estoy abierto a recibir invitaciones, convencido de que todavía tengo mucho que aprender, escuchar y compartir.